

## **LA VERTIENTE SOMBRIA DE LA MUSICA RELIGIOSA**

MIGUEL MANZANO

Escrito publicado en el Diario de León (Y de noviembre de 1991) con motivo de la exposición "La música en la Iglesia" (Las edades del hombre, III)

Desde la oscuridad de esa vertiente quiero escribir esta reflexión, que va a contrapelo de todo lo que en estas fechas se va a conmemorar y a poner ante los ojos de curiosos e interesados. Porque la historia de la música religiosa de la Iglesia Católica de rito romano es la historia del progresivo, continuo y casi total silenciamiento de la asamblea asistente a los actos litúrgicos, en favor de unos músicos especialistas que han asumido el papel indudable que les está asignado en virtud de su oficio dentro de las celebraciones, pero que a la vez han acaparado la voz y el canto que no les correspondía, reduciendo al pueblo asistente al papel de espectador mudo que durante siglos ha permanecido sin decir ni amén.

### **Una asamblea reducida al silencio**

Esta mudez viene ya de muy atrás. Sin entrar en cuestiones históricas acerca de cómo y cuándo fue entrando el canto y la música a formar parte de las celebraciones del culto cristiano, queda fuera de dudas que los asistentes a ellas tomaban parte activa cantando, además de los salmos, otros himnos y cánticos de los que quedan restos, según los especialistas, en algunas cartas de San Pablo. Por otra parte también quedaron en la liturgia, hasta hoy, una serie de aclamaciones e himnos, la mayor parte de los cuales, si no todos, fueron durante más de un milenio asumidos por los cantores especialistas (incluidos los sacristanes) que cantaban y oraban en nombre de una asamblea silenciosa o dedicada durante el desarrollo de las celebraciones litúrgicas a otros rezos y oraciones privadas. Sólo después del Vaticano II se ha devuelto a estos cantos, aclamaciones e himnos su sentido primigenio, asignándolos a la asamblea que toma parte en los actos del culto.

### **El gregoriano, un canto para especialistas**

Pero han tenido que pasar más de mil años para que estos cánticos y aclamaciones hayan recuperado su verdadero sentido. Porque ya desde la invención del canto gregoriano, allá por los siglos VI y VII, la asamblea asistente fue forzada al silencio, incluso en los momentos en que le correspondía cantar. Pues si bien es cierto que en el repertorio gregoriano hay una veta arcaica formada por un conjunto de cantos, himnos y aclamaciones sencillas, que una asamblea entera de gentes del pueblo podía cantar fácilmente, de lo que no hay duda es de que el gregoriano es un canto para especialistas, no sólo en los géneros más difíciles, compuestos para un solista o un grupo de cantores muy preparados, sino también en los géneros antifonales y responsoriales, en los que nunca participó la asamblea en pleno, ni siquiera una asamblea de monjes, sino que a lo sumo, y en el mejor de los casos, escuchaba comprendiendo el texto. De hecho los continuos esfuerzos consumidos en hacer cantar gregoriano a una asamblea entera han fracasado casi siempre, no sólo en las parroquias, sino también en los seminarios y monasterios. El gregoriano siempre ha sido un canto para especialistas, no para un colectivo no cualificado, como son la mayoría de las asambleas que acuden al templo para tomar parte en los actos litúrgicos.

### **La polifonía: un canto para profesionales**

Pues si el silencio y la pasividad cantora de la asamblea es ya evidente con el canto gregoriano, ¿qué decir de las músicas polifónicas? La polifonía, desde su nacimiento hasta este siglo, ha

sido un obstáculo insalvable para que la asamblea asuma el protagonismo cantor que le corresponde según el ritual en el desarrollo de las celebraciones. Si ya era difícil que las asambleas normales de fieles cantasen, por poner un ejemplo, las partes del ordinario de la misa en gregoriano, es más que evidente que la intervención de los cantores profesionales hizo ya imposible la participación de los asistentes en la celebración cantando lo que les correspondía según su papel. Sin entrar a considerar el valor artístico y religioso del repertorio polifónico, aspecto al que ahora no nos referimos, ¿puede haber algo más sin sentido que el hecho, repetido durante un milenio en los templos, de que un pequeño grupo de cantores profesionales interprete un invento musical sobre la base de unas palabras (Kyrie, eleison; Gloria in excelsis Deo; Sanctus ...) que, según el ritual de la celebración, toda la asamblea debe cantar uniendo sus voces? ¿No había durante esa celebración unos momentos mucho más apropiados para la música coral? Pues este sinsentido no sólo ha sido tolerado, sino además fomentado durante siglos por los responsables del culto en la Iglesia Católica. Y con una agravante, porque no sólo la asamblea ha sido obligada a callar, sino también, desde la consolidación de las lenguas vernáculas, a escuchar aquello que no entiende y que otros cantan, sustituyéndola en su papel.

Las Iglesias Reformadas: una asamblea que recupera su voz Precisamente fue esta falta de sensatez lo que impulsó a los fundadores de las Iglesias Reformadas a introducir de nuevo el canto de la asamblea y el uso litúrgico de las lenguas vernáculas. Y además, con el gran acierto de no excluir la polifonía, sino de restituir a los profesionales del canto su verdadero papel: el de solemnizar y ambientar unas celebraciones para las que se idearon otros esquemas en gran parte nuevos, según los cuales fue posible la integración de los especialistas del canto con la asamblea. Nacieron así obras que, además de ser inmortales, por ser cumbres del arte religioso, fueron y siguen siendo un modelo de música funcional, en la que se cumplen todos los requisitos para que en una celebración participen musicalmente todos los asistentes, según su papel dentro de la asamblea.

### **El Concilio de Trento: una ocasión perdida**

Por ello, mientras en las Iglesias separadas de la Católica los siglos XVI-XVII fueron la época de mayor creatividad musical litúrgica, en la que se rehicieron los ritos según nuevos esquemas que hasta hoy perduran y son válidos, en la Iglesia Católica, a causa de la cerrazón del Concilio de Trento, se dio un paso atrás, reforzando el uso del gregoriano y de la polifonía en latín, conforme al cual se siguió creando e interpretando un repertorio ayer y hoy inútil desde el punto de vista funcional, aunque haya dado también obras inmortales de arte musical religioso. Un ejemplo: por más que se quieran poner al mismo nivel, como a veces se hace, el *Officium Hebdomadae Sanctae* de Tomás Luis de Vitoria y la *Pasión según San Mateo* -de Juan Sebastián Bach, hay distancias insalvables entre ambas obras. Si las dos son cumbres del arte musical religioso, la gran diferencia entre ellas estriba en que, ayer y hoy, el destino de la obra de Vitoria es ser cantada por pocos y escuchada por muchos (?) oyentes pasivos (que en el mejor de los casos entenderán el latín), mientras que la de Bach era y es apropiada para cantarla en un acto litúrgico comunitario. En la *Pasión según San Mateo* la asamblea canta cuando le corresponde, muy a menudo a lo largo del desarrollo de la celebración. Y canta acompañada en los corales por un coro y una orquesta de especialistas. Y cuando escucha, comprende lo que oye y puede unirse en la intención a las palabras de quien canta (un cantor especialista o un coro más o menos profesional). En la obra de Vitoria, por el contrario, sólo los cantores especialistas hacen oír su voz. Nuestro músico se veía constreñido por el latín y por la falta de una estructura de celebración que permitiese a la asamblea integrarse con cantos propios de ella en la conmemoración de la *Pasión* y muerte de Cristo, y tuvo que acudir a los textos del *Oficio de Semana Santa* destinado para la oración de clérigos y monjes, pero no para la de una asamblea

ordinaria de fieles. Hasta en el aspecto artístico la diferencia es enorme, ya que el efecto de toda una asamblea cantando, a la que se une un coro y una orquesta, es imponente y sobrecogedor, no sólo religioso y místico.

### **El Vaticano II: una reacción buena, aunque tardía**

En los cuatro últimos siglos esas diferencias se han acentuado progresivamente en la Iglesia Católica: los músicos han tenido que seguir componiendo obras en latín, destinadas a la interpretación de los especialistas. Y cuando se ha querido que la asamblea cante, se han tenido que componer otras músicas no litúrgicas, hasta formar un repertorio paralelo que ha doblado y sustituido a la liturgia oficial de la Iglesia. Por fin el Concilio Vaticano II, con un retraso de siglos, ha tenido que reconocer, al menos implícitamente, estos errores del pasado, devolviendo a la asamblea el papel activo que en lo musical le corresponde en la celebración. ¿Y qué hacer ahora con todo ese repertorio, que llenó siglos enteros de creatividad musical religiosa? Evidentemente es un repertorio que hoy ya no vale, porque carece de funcionalidad. Sólo los nostálgicos como Lefevre añoran que la historia se vuelva atrás y que vuelvan a sonar en la Iglesia gregorianos y polifonías en latín durante los actos litúrgicos.

### **El nuevo repertorio litúrgico: los aficionados se lanzan y los músicos profesionales se desentienden**

Mientras tanto, ahí están, a disposición de los músicos, cientos y miles de textos nuevos, esperando recibir una música religiosa digna, funcional, creativa, que sea, sí, obra de arte, pero que permita también que la asamblea cante lo que le corresponde. Si se examina el repertorio hoy en uso en las iglesias de esta tierra, el panorama no puede ser más decepcionante. Una multitud de músicos aficionados, con muy poca preparación y oficio, se ha lanzado a "componer" nuevos cantos religiosos en las lenguas vernáculas, que hoy han acabado por ser litúrgicas (¡ya era hora!). La escasa o nula calidad artística de muchos de estos cantos es más que evidente. Pero mientras tanto, los músicos profesionales creyentes (es de suponer que los haya, pero brillan por su ausencia) vienen dando muestras de una pasividad sin precedentes en la historia de la Iglesia, descalificando lo que otros hacen lo mejor que pueden y saben, pero inhibiéndose de tomar parte en la creación de unas obras que no consideran dignas de su prestigio. Una gran figura del arte musical de vanguardia, se piensa y se dice, ¿cómo va a rebajarse a componer obras en las que tiene que tener en cuenta que en algún momento ha de intervenir cantando melodías sencillas una asamblea de gentes no especializadas? La respuesta a esta incongruencia es fácil: ¿Acaso la sencillez está reñida con la inspiración más alta? La falta de perspectiva, es más, la ignorancia de lo que es la celebración litúrgica que se esconde bajo ese débil argumento, dictado más por el orgullo profesional que por la razón, es más que evidente. Si Juan Sebastián Bach hubiese seguido semejante criterio, hoy no podríamos escuchar ninguna de sus Cantatas ni Pasiones.

### **Luces, sí, pero también sombras.**

En esta tercera etapa de Las edades del hombre la Iglesia saca a la luz de las miradas muchos de los libros, guardados en archivos, que contienen composiciones musicales de siglos pasados. De todo hay en esos objetos bibliográficos, preciosos casi siempre en su aspecto material: obras, que pueden, sin duda alguna, ser consideradas como cumbres del arte musical religioso; obras también que, producto de una época en la cual la frivolidad y el brillo de la ostentación entraron en los templos, son, sin embargo, ejemplos de un buen hacer musical, o de una técnica novedosa y renovada. Y obras, también, las que más abundan, carentes de cualquier valor digno de notarse, pura repetición y tópico de lo hecho miles de veces, y dignas de un merecido olvido.

Pero obras, en todo caso y desafortunadamente, que no valen hoy más que para ser escuchadas en un concierto o grabadas en un disco, al no cumplir la función para la que fueron hechas (muchas de ellas ya no la cumplían ni siquiera en la época en que fueron creadas).

El peligro, ahora que tocan a reconstruir el pasado musical de España, es que se gaste tiempo, esfuerzos y medios económicos en rescatar también lo que no tiene ningún valor, salvo el de demostrarnos qué pobres en imaginación y qué faltos de sentido común fueron algunos de los tiempos pasados.